

# VI Domingo Tiempo Ordinario

Eclesiástico 15, 16-21; Corintios 2, 6-10; Mateo 5, 17-37

«*No he venido a abolir, sino a dar plenitud*»

13 Febrero 2011 P. Carlos Padilla Esteban

---

**“UNA SABIDURÍA DIVINA, MISTERIOSA, ESCONDIDA, PREDESTINADA POR DIOS”**

El otro día vi un programa de animales en el que se cuestionaba su capacidad para sentir y tener emociones parecidas a las nuestras. Sin embargo, no es así con todos los animales; el veterinario Gonzalo Fernández lo tiene claro: “*Los homínidos (gorilas, orangutanes y chimpancés) sienten un afecto por sus crías más allá de lo hormonal y un cariño humano por sus compañeros de manada*”. Los grandes simios no sólo tienen sentimientos, sino que son perfectamente conscientes de la vida y la muerte. Podemos discutir sobre este tema sin llegar a tener una absoluta claridad sobre la naturaleza de sus sentimientos. Puede ser verdad que algunos animales sientan a veces como nosotros. Los animales domésticos se alegran y entristecen y llegan a sufrir ansiedad. Hay sicólogos de animales que tratan sus desequilibrios. Son emociones comparables, en cierta medida, con las nuestras. Pero, a diferencia de los animales, nosotros tratamos el mundo de las emociones de forma diferente. Vivimos movidos por nuestras emociones; sentimos, sufrimos, nos alegramos. Las emociones y las pasiones gobiernan nuestra vida, hasta el punto de poner a prueba nuestra salud. Y no siempre somos capaces de vivir en armonía con nuestro mundo de emociones. Reprimimos, tapamos, o nos dejamos llevar por muchas de estas emociones. Lo que sentimos, lo que nos mueve interiormente, puede llegar a desbordarnos. Decía el Dr. Jorge Carvajal “*Un 70 por ciento de las enfermedades del ser humano vienen del campo de conciencia emocional. Las enfermedades muchas veces proceden de emociones no procesadas, no expresadas, reprimidas*” . Las emociones deciden nuestra dicha o infelicidad. Ppesan en el corazón y nos hacen caminar con dificultad. Hacen que perdamos la salud casi sin darnos cuenta, cuando **no somos capaces de trabajar con ellas, de procesar nuestros sentimientos y comprender qué es lo que vive en el alma**.

Me llamaba la atención el otro día un artículo titulado “*¿Sabes quererte?*” En él se afirmaba algo fundamental: “*Todos sabemos que para demostrar a alguien que le queremos es necesario dedicar tiempo y atención, finándonos en lo que le gusta, en lo que prefiere hacer. Sin embargo, parece que olvidamos que para poder cuidarnos a nosotros mismos tenemos que hacer lo mismo: pararnos a pensar sobre nosotros mismos*”. Pero no hacemos siempre lo que sabemos que es bueno. De esta forma, cuando no nos cuidamos, no estamos capacitados para el amor. Si no logramos querernos a nosotros mismos, no seremos capaces de querer bien a nadie. Lo más habitual es que no sepamos cuidarnos bien; no tomamos en serio nuestras necesidades, no respetamos nuestros deseos más profundos y no sabemos descansar. Añadía el Dr. Carvajal: “*Si no te amas a ti, no amas a Dios, ni a tu hijo, porque te estás apagando, estás condicionando al otro*”. Para vivir así es fundamental el diálogo interior, conocer nuestra alma y saber que Dios está en lo profundo de nuestro ser. Leía que: “*No dialogar con los demás es algo tolerable, pero no dialogar con uno mismo es un acto insoportable*”<sup>1</sup>. No nos conocemos de verdad y no nos dejamos el tiempo suficiente para profundizar en nuestro interior. Nunca hay tiempo. No dialogamos con nosotros mismos

---

<sup>1</sup> Augusto Cury, “El vendedor de sueños”, 147

y no somos capaces de profundizar en todo lo que nos ocurre a diario. El alma grita, sí, grita. Pero no escuchamos. *¿Sabemos querernos? ¿Sabemos escuchar y respetar nuestras voces interiores?* No nos tomamos en serio y no dejamos el tiempo que el alma necesita para descansar y crecer. Tenemos que aprender a dialogar con nuestro mundo interior. Porque, lo sabemos, cuando no logramos **dialogar con nosotros mismos, estamos dando el primer paso para permanecer estancados. Así no avanzamos en nuestro proceso de maduración espiritual y no logramos crecer en nuestro camino de plenitud.**

**El salmo de hoy nos recuerda que DICHOSO ES AQUEL QUE CAMINA EN LA VOLUNTAD DEL SEÑOR.** Así lo hemos rezado: “*Dichoso el que camina en la voluntad del Señor. Dichoso el que, con vida intachable, camina en la voluntad del Señor; dichoso el que, guardando sus preceptos, lo busca de todo corazón. Tú promulgas tus decretos para que se observen exactamente. Ojalá esté firme mi camino, para cumplir tus consignas. Haz bien a tu siervo: viviré y cumpliré tus palabras; ábreme los ojos, y contemplaré las maravillas de tu voluntad. Muéstrame, Señor, el camino de tus leyes, y lo seguiré puntualmente; enséñame a cumplir tu voluntad y a guardarla de todo corazón*”. Sal 11-8, 1-34. Queremos ser dichosos, plenos y felices. Queremos, como tantas veces lo recordamos, ser bienaventurados. Sor Verónica, fundadora del nuevo Instituto “Iesu Communio”, decía ayer: «*Me apasiona ser cristiana y pertenecer a esta Iglesia. Y me apasiona vivir*». Esa nueva Comunidad refleja ese anhelo de plenitud, ese deseo de ser santas, esa felicidad al hacer la voluntad de Dios. **S. Agustín comenta:** “*Todo hombre quiere ser feliz; no hay nadie que no lo quiera, y tan fuertemente, que lo desea por encima de todo. Aún más: todo lo que quiere además de esto, sólo lo quiere por eso. Cuando se comprometen en una forma de vida, todos los hombres actúan en ella buscando ser felices. ¿Qué cosa hay, pues, en esta vida capaz de hacer feliz, que todos la buscan pero que no todos la encuentran?*” Es la realidad, buscamos una felicidad que nos resulta inalcanzable como un estado; nos parece demasiado lejana y, tal vez, demasiado pasajera. Continúa S. Agustín: “*Todos están de acuerdo en amar la vida y la salud. Ahora bien, cuando el hombre goza de vida y de una buena salud, ¿se puede contentar con esto?*” Es cierto, sin salud no somos felices, pero, con ella, tampoco tenemos asegurada la felicidad. **Tememos perder las cosas que nos dan una felicidad pasajera.**

**BUSCAMOS SIN PAZ FELICIDADES QUE CADUCAN.** Nos angustiamos pensando en un futuro que desconocemos y despreciamos a Aquel que es el único que nos puede dar una felicidad eterna: “*La salud y la vida de aquí abajo nadie os la asegura, teméis mucho perderla. Si nuestra vida no es eterna, si no puede eternamente llenar nuestros deseos, no puede ser feliz, e incluso no es una vida*” decía S. Agustín. Estamos llamados a una felicidad eterna, a una vida plena en Dios. **Nuestra Señora de Lourdes**, a quien hace poco hemos celebrado, le decía a Bernardita: “*No te prometo la felicidad de este mundo, sino la del otro*”. Y luego dijo: “*Ve a beber y a lavarte en la fuente*”. Bernardita fue al fondo de la Gruta, escarbó en el suelo y comenzó a brotar el agua, primero sucia, después clara y limpia. La Gruta es el corazón del hombre. María nos pide que escarbemos, que busquemos en lo profundo a Dios. Él nos trata de liberar, por su amor, de todo barro de miseria, de todo pecado y nos da la plenitud. Besando el suelo de la Gruta, Bernardita nos recuerda el encuentro de Dios con nosotros, tal y como somos y allí donde estamos; en el fondo de nosotros mismos hay una fuente de agua viva, está la vida misma de Dios. Una vida que no depende de las emociones, ni de los fracasos, ni de la fama. Una vida que surge de nuestra debilidad. **El único que puede saciar el anhelo de infinito es Dios.**

**LA PERFECCIÓN Y LA SABIDURÍA DE DIOS VAN UNIDAS.** Estamos hablando de la **santidad que consiste en hacer la voluntad de Dios.** Y S. Pablo nos dice: “*Hablamos, entre los perfectos, una sabiduría que no es de este mundo, ni de los principios de este mundo, que quedan desvanecidos, sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria. Ninguno de los principios de este mundo la ha conocido; pues, si la hubiesen conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria. Sino,*

como está escrito: «*Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman.*» Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu. El Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios". Corintios 2, 6-10. Cristo, la sabiduría encarnada, no es reconocida bajo su apariencia mortal. La sabiduría de Dios pasa desapercibida para el hombre. Los ojos no la ven y tampoco la comprenden. Esta sabiduría de Dios nos habla de una perfección distinta a la que nosotros entendemos muchas veces. Es la sabiduría que llena el corazón y le da sentido a todo lo que vivimos. Nosotros quisiéramos ser perfectos, ser como dioses, sin mancha. Buscamos un perfeccionismo que nos hace distorsionar la realidad y nos hace infelices. Queremos controlarlo todo, poseer todo lo que deseamos, tener poder sobre todos. Pensamos que la perfección es hacerlo todo bien. ¡Cuánta energía consumida tratando de ser perfectos! Hacerlo todo bien es imposible y por eso nos frustramos. Caemos, pecamos, fallamos y nos entristecemos. Perdemos bienes y poder y sufrimos. La perfección así pensada es inalcanzable. Mientras que la perfección de la que habla Dios es bien distinta. Es su perfección, la que Él nos da con la gracia. Es la fuerza del espíritu la que nos capacita para esa vida en Dios.

**POR ESO LAS PALABRAS DE JESÚS SON POSIBLES SÓLO EN ESTE ESPÍRITU que recibimos.** Él, en el sermón de la montaña, nos muestra el camino a seguir: «*No creáis que he venido a abolir la Ley y los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que dejé de cumplirse hasta la última letra o tilde de la Ley. El que se salte uno sólo de los preceptos menos importantes, y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos. Os lo aseguro: Si no sois mejores que los escribas y fariseos, no entrareis en el reino de los cielos*». Muchos pensaban que Jesús venía a abolir normas que eran pesadas. Creyeron que venía a quitar el yugo que pesaba y hacía difícil la fidelidad a Dios. A veces pensamos lo mismo, nos gustaría que otro Papa nos quitara normas y prohibiciones. Seguimos viviendo la fe como un conjunto de normas y preceptos que esclavizan. Jesús nos quiso enseñar otro camino. No buscaba abolir, sino que quería mostrarnos un camino de plenitud. Si queremos ser felices, el camino es el que nos plantea hoy la primera lectura. No se trata de abolir las normas, sino de darle un sentido y ampliar la mirada: «*Si quieres, guardarás los mandatos del Señor, porque es prudencia cumplir su voluntad; ante ti están puestos fuego y agua: echa mano a lo que quieras; delante del hombre están muerte y vida: le darán lo que él escoja. Es inmensa la sabiduría del Señor, es grande su poder y lo ve todo; los ojos de Dios ven las acciones, él conoce todas las obras del hombre; no mandó pecar al hombre, ni deja impunes a los mentirosos*». Eclesiástico 15, 16-21. Nosotros somos los que decidimos, los que optamos en la vida. **Nos asustan las normas y no nos gustan que nos impongan nada. Por eso vemos que la Iglesia muchas veces nos oprime y angustia. No ha de ser así.**

**CRISTO NOS ENSEÑA UN CAMINO Y NOS QUIERE EDUCAR DESDE EL AMOR, antes que desde las normas.** La fuerza educadora más poderosa es la del amor. Así lo comentaba el P. Kentenich: «*Educadores son amantes que nunca dejan de amar. Si no llegamos a ser esos educadores que aman apasionadamente, el mundo que nos rodea nos arrastrará simplemente fuera; entonces seremos trabajadores especializados, pero no creadores*»<sup>2</sup>. Cristo es nuestro educador y su gran clase maestra la dio desde lo alto del madero de la cruz. Él nos enseñó a darlo todo, a no guardarnos nada, pero siempre respetó nuestros tiempos, no se impuso y no exigió el inmediato cumplimiento. Dice el P. Kentenich: «*El amor y el respeto son dos caras del mismo proceso de vida: el amor es una línea de ida y el respeto de retorno. Una verdadera educación es imposible sin respeto. Tanto por parte del educador como por parte del educando*»<sup>3</sup>. Amar y respetar son las raíces del camino que Cristo nos propone. Amarnos a nosotros mismos, amar a aquellos que pone en nuestro camino y respetar a cada uno. ¡Cuánto

<sup>2</sup> J. Kentenich, "Textos pedagógicos", H. King, 210

<sup>3</sup> J. Kentenich, "Textos pedagógicos", H. King, 144

cuesta respetar! Cuando descubrimos una verdad podemos caer en la tentación de imponer lo que pensamos, de no respetar los gustos de los demás y exigirles que cambien inmediatamente y nos sigan. Cuando nosotros cambiamos y nos enamoramos del camino marcado, queremos que los demás acojan inmediatamente lo que a nosotros nos ha costado su tiempo. Nos cuesta el respeto y no aceptamos los procesos. Dudamos de ellos y desconfiamos. Si tenemos claro lo que hay que hacer, nos cuesta respetar otros puntos de vista. La intransigencia está refiada con el amor. Hablamos de amar a todos, pero muchas veces no los respetamos. **Imponemos lo que queremos nosotros y no aceptamos las diferencias. La originalidad está bien, hasta que nos molesta.**

**EL CAMINO QUE CRISTO NOS PROPONE NO ES DE MÍNIMOS, SINO QUE APELA A LA MAGNANIMIDAD.** Jesús, desde lo alto de la montaña, habla con mansedumbre y no impone. Por eso nos va presentando cada mandamiento mostrándonos el ideal que buscamos. **JESÚS NOS HABLA DEL AMOR: No basta con no matar, porque la vida es mucho más que dejar de vivir.** Por eso Jesús nos dice: "*Habéis oído que se dijo a los antiguos: "No matarás", y el que mate será procesado. Pero yo os digo: Todo el que esté peleado con su hermano será procesado. Y si uno llama a su hermano "imbécil", tendrá que comparecer ante el Sanedrín, y si lo llama "renegado", merece la condena del fuego. Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda*". Herir, ofender, dañar la fama o el nombre, dejar de lado, despreciar, rechazar por nuestros prejuicios. Siempre la ofensa que causan nuestras palabras o nuestros silencios. La actitud de rechazo reflejada en el rostro. Las relaciones rotas que olvidamos. La falta de amor. Los odios escondidos en la oscuridad que aún existe en el alma. La falta de empatía y de cariño. El desprecio que manifestamos con nuestra ausencia. Nuestro menosprecio cuando no valoramos a los que nos rodean. Nuestra falta de admiración hacia aquellos a los que amamos. Reducimos el mandamiento de no matar a la muerte física, pero tenemos que ir mucho más allá. Leía el otro día: "*El ser humano no muere cuando su corazón deja de latir, sino cuando, por alguna razón, deja de sentirse importante*"<sup>4</sup>. ¡Cuántas personas se sienten hoy poco importantes y poco valoradas porque nosotros no las valoramos! **Está en nuestras manos, aspiremos a lo más alto.**

**JESÚS NOS HABLA DE LA FIDELIDAD** que no se queda en los mínimos, sino que lo abarca todo: "*Habéis oido el mandamiento "no cometerás adulterio". Pues yo os digo: El que mira a una mujer casada deseándola, ya ha sido adúltero con ella en su interior. Si tu ojo derecho te hace caer, sácatelo y tíralo. Más te vale perder un miembro que ser echado entero en el infierno. Si tu mano derecha te hace caer, córtatela y tírala, porque más te vale perder un miembro que ir a parar entero al infierno*". Es el amor que tiene que cuidarse en el compromiso diario. Lo que no se cultiva se pierde. Pero no toda atracción es pecaminosa. No es lo mismo sentir que consentir. Hay emociones que surgen en el corazón y que no podemos hacerlas desaparecer de forma inmediata. No controlamos todo lo que sentimos. Pero lo malo es cuando nos confundimos y echamos por tierra todo por culpa de nuestra fantasía, que nos aparta de lo central, de la fidelidad de Dios con nosotros. Lo importante es no consentir y no hacer nada para cultivar un sentimiento que nos puede llevar a la infidelidad del corazón. El P. Kentenich decía: "*Quien quiera hoy asumir cristianamente la vida matrimonial, tiene que ser heroico*"<sup>5</sup>. Y, pensando en los desafíos del tiempo actual, añadía: "*Vale decir que si los esposos no aspiramos expresamente a la santidad, a la larga nos resultará imposible cumplir con las leyes del matrimonio*"<sup>6</sup>. Invitaba a los matrimonios cristianos a desempolvar su amor primero y a hacer nuevas todas las cosas. La verdadera

<sup>4</sup> Augusto Cury, "El vendedor de sueños", 133

<sup>5</sup> J. Kentenich, "Lunes por la tarde, amor conyugal", 253

<sup>6</sup> Ibídem, 253

fidelidad es algo mucho más grande: “*Es mantener con mucho cuidado la pureza del primer amor, es acrisolarlo con firmeza y proclamarlo eterno*”<sup>7</sup>. Es el deseo de que el amor nunca se marchite. Ser infiel no significa sólo irse con otra persona: “*Se es infiel cuando ya no le entrego entera y generosamente mi corazón a mi cónyuge, cuando ya no tengo más tiempo para él, cuando en vez de estar con él dedico el tiempo a mis ocupaciones favoritas*”<sup>8</sup>. Hoy queremos meditar sobre nuestra fidelidad, sobre la forma cómo amamos a las personas que Dios nos confía, sobre todo nuestro amor de esposos. Hoy miramos a María, Virgen fiel; Ella se nos presenta como el modelo de fidelidad que queremos seguir. Ella se mantuvo fiel en la oscuridad y en los momentos difíciles. Ella nos quiere enseñar a ser fieles a través de nuestra alianza de amor. Nos enseña el camino de la verdadera santidad que consiste en hacer la voluntad de Dios. **En fidelidad a la alianza que sellamos con María aprendemos a ser fieles a la Alianza matrimonial que Dios nos confía.**

**JESÚS NOS HABLA DE NUESTROS COMPROMISOS: Juramos muchas veces y nos comprometemos, pero después nos cuesta ser fieles con el compromiso adquirido:** “*Habéis oído que se dijo a los antiguos: "No jurarás en falso" y "Cumplirás tus votos al Señor". Pues yo os digo que no juréis en absoluto: ni por el cielo, que es el trono de Dios; ni por la tierra, que es estrado de sus pies; ni por Jerusalén, que es la ciudad del Gran Rey. Ni jures por tu cabeza, pues no puedes volver blanco o negro un solo pelo. A vosotros os basta decir "sí" o "no". Lo que pasa de ahí viene del Maligno.*» Mateo 5, 17-37. Si decimos que sí, mostremos nuestra coherencia y autenticidad de vida. A veces vivimos superficialmente nuestra entrega. Decimos que sí y luego hacemos otra cosa. Ralph Waldo Emerson decía: “*Lo que haces habla tan alto que no logro entender lo que dices*”. Nuestras palabras y nuestros actos deberían estar en sintonía. Lo que hacemos tendría que estar en consonancia con lo que pensamos. Muchas veces no es así; La gran crisis den nuestro mundo es la incoherencia. Dejamos de creer en Dios, en la verdad, en la fidelidad, en la Iglesia, en la santidad, cuando somos testigos de ejemplos que nos escandalizan. El hombre de hoy ya no cree en las palabras, ni en las recetas. Muchas veces, cuando predico lo pienso. Las palabras se las lleva el viento. Intentamos expresar con palabras el amor infinito de Dios en nuestras vidas. Como siempre las palabras se quedan cortas. Hablamos de ideales y sueños y sabemos que no somos un reflejo claro de lo que predicamos. Sin embargo, el sueño sigue vivo en las palabras como una meta, como un ideal que nos despierta todas las fuerzas del alma. Hablamos, y las palabras corren por el aire. Como si quisieran crear un mundo que lucha por nacer. Anhelamos la coherencia que dé sentido a todo lo que decimos. Queremos que Dios haga carne en nuestra vida los anhelos que torpemente describen las palabras. Y al final, las palabras que no son vida, se pierden, se las lleva el viento. **Hoy suplicamos, queremos ser fieles en nuestros compromisos. Queremos ser perfectos con la gracia con la que Dios cubre a sus hijos.**

**Queremos ASUMIR NUESTROS LÍMITES Y ESTAR DISPUESTOS A DEJARNOS FORMAR POR DIOS en la escuela de la humildad.** Es el camino de formación al que nos invita Cristo. Pero tenemos que ser realistas y no ser sólo grandes soñadores: “*Si vuestros sueños son deseos y no proyectos de vida, entonces os llevaréis vuestros conflictos a la sepultura. Sueños sin proyectos producen personas frustradas*”<sup>9</sup>. No basta con soñar, hay que aterrizar en la vida lo que anhelamos. Cada día deberíamos tener claro cómo vamos a crecer en nuestro camino. La pena es que nos conformamos y nos dejamos llevar por la vida. Nos sabemos débiles y nos aburguesamos. Caminamos sin rumbo, sin saber lo que queremos y sin tomarnos en serio dónde tenemos que mejorar y crecer. **Hoy queremos tomar en serio nuestra vida, no es posible andar sin dar pasos que nos ayuden a alcanzar la meta.**

<sup>7</sup> J. Kentenich, “Lunes por la tarde, el amor conyugal, camino a la santidad”, 139

<sup>8</sup> Ibídem

<sup>9</sup> Augusto Cury, “El vendedor de sueños”, 55